

LOS  
**INTERESES CATÓLICOS**  
EN  
**AMÉRICA**

---

**CAPÍTULO PRIMERO**

El Amazonas. — Recuerdos de su pasado. — La fábula de las amazonas realizada en nuestra época. — Gran confederación indicada por el río Amazonas. — Los pueblos americanos olvidan sus verdaderos intereses. — Pernambuco. — Adelantos materiales. — El interés social reclama otros á la vez. — Bahía de los Santos. — Las colonias portuguesas al frente de las españolas. — Una observación.

No el volúmen inmenso de tus aguas, ni la majestuosa gravedad de tus corrientes; no los árboles frondosos cuyas raíces bañan hace veinte siglos tus olas apacibles, ni el tigre ni el jaguar que huyendo del viajero van á ocultarse en los desiertos; nada de esto ¡oh Amazonas! me preocupa, cuando al borde de tus risueñas riberas me detengo, ni nada de esto es nuevo para quien saludó los bosques del Magdalena y apagó su sed en las aguas del Danubio. Mi imaginación se fatiga contando las distancias

que recorriste, las naciones cuyos límites marcaste y los pueblos que nacieron en tus márgenes. Tus bellas undulaciones me recuerdan los verjeles floridos y los palacios de oro que colocó la fábula en el país que te ve nacer, y las fieras que retozan en las frondosas selvas que inundan tus corrientes me retratan el genio de tus belicosas Amazonas. Mis ojos te vieron ¡rey de los ríos! siendo todavía humilde arroyuelo jugar con las flores que embellecen los valles del Azuay. Las hojas del tierno arrayán detenían entonces tus suaves corrientes y los vástagos fragantes del cinamomo formaban el lecho por donde se deslizaban tus aguas cristalinas. Mil y mil arroyos venían corriendo desde países remotos para concertarse, y mil y mil te daban sus aguas pagando tributo á tu grandeza. Precipitándote entre las selvas, te vi cual joven robusto que se abre camino, destrozando el bosque que detiene su paso, arrancar los corpulentos árboles, y dirigirte majestuoso al seno del Océano. Entonces luchando tus aguas con las aguas del mar, tus corrientes se abrían camino por entre las ondas, para confundirse en el inmenso abismo donde reúne el Señor todas las aguas.

El hombre pensador para quien los grandes objetos que ofrece la naturaleza no son sino otros tantos libros en que ve escritos los destinos del mundo y sus revoluciones, la grandeza á que están llamados los pueblos y los motivos de su decadencia, siente bullir en su imaginación mil ideas que le sugiere la presencia del Amazonas. Esas regiones que recorre formando el caudal inmenso de sus aguas, ¿cuántos secretos no encierran?

Examinadas algún día, ¿cuáles serán los efectos que su influencia hará sentir en el género humano? Los hombres que las habitan, puestos en contacto con los demás hombres por la religión y por la civilización, ¿contribuirán acaso al bienestar de sus semejantes? ¿Revelarán secretos de la naturaleza que puedan aprovechar la química, la medicina y la botánica? Tres siglos van corriendo desde que por primera vez se presentó á los ojos de los europeos este nuevo mundo con toda esa belleza natural que pródiga le concedió la Providencia, y durante tiempo tan largo, los velos que hacen nacer aquellas dudas no han sido rasgados y la América parece esconderse tras los inaccesibles parapetos de sus Andes, ya se le contemple desde las encrespadas ondas del Atlántico, ya desde las suaves playas del Pacífico. ¿Qué corazón americano meditó sin conmoverse los destinos de su patria en presencia del gran Chaco ó sobre los pantanosos bordes del Amazonas? ¿Quién registró aquellas regiones envueltas todavía en el manto de sus selvas, tales como aparecieron al *fiat* de Dios el día de la creación? Los ríos fueron, es cierto, remontados por embarcaciones de exploradores atrevidos, y las ramas de los árboles que forman sus intrincados laberintos cayeron al golpe de la segur que abría paso al misionero que se proponía penetrarlas; pero así como aquellos desmayaron delante del desierto, así estos perecieron víctimas de su ardiente celo, sin que los trabajos de unos ni de otros añadiesen un rayo de nueva luz para conocer lo que antes se ignoraba.

No pudo ocultarse á los primeros descubridores del

Amazonas la inmensa importancia de este gran río á pesar de que apénas lo conocian, é ignoraban completamente la extension y la riqueza de los países que recorre. Los portugueses que se precipitaron por el lado del Atlántico, y los españoles que con arrojo y constancia superiores á todo encarecimiento, despues de haber atravesado el istmo de Panamá, conquistaron el imperio poderoso de los Incas, encontraron en el Amazonas una barrera semejante á la que presentó en Europa el Danubio á los romanos. Las relaciones dadas al rey de España por Orellana y otros capitanes, y las leyendas románticas de las famosas amazonas hacen ver la importancia que dieron á estos países sus descubridores.

Sin pasear nuestra imaginacion por vastos territorios regados de metales ricos y piedras preciosas, y sin visitar pueblos gobernados y defendidos por caudillos del sexo débil, en quienes se suponía un valor y una prudencia superiores á todo encarecimiento, las provincias de América que baña el Amazonas tienen un pasado que fué ántes fecundo para alimentar las risueñas ilusiones de tantos aventureros y mas fecundo despues para ofrecer pábulo á las almas generosas que concibieron el proyecto de conquistarlas para la fe y para la civilizacion cristiana. Las dificultades que su naturaleza y sus habitantes oponian á los conquistadores enardecian el deseo de estos y su imaginacion exaltada divisaba al otro lado de los bosques pueblos defendidos por heroínas.

Las observaciones sensatas de algunos investigadores desvanecieron todas aquellas ilusiones, y los hombres juiciosos no vieron en la fábula de las amazonas mas

que invenciones de aventureros que, ansiosos de fama, daban á sus hechos coloridos singulares. Pero nuestro siglo ha visto aparecer otras amazonas que pretenden realizar en Europa y en América las fabulosas que Orellana y sus compañeros dijeron haber encontrado en las regiones que riega el Marañon. Las entusiastas que en los MEETINGS democráticos de los Estados Unidos peroran á la multitud sobre negocios de política; las que en Baltimore y Nueva York pretendieron votar en las elecciones de magistrados, y las que en Francia dedicaron sus escritos á propagar doctrinas contrarias al orden público, son las modernas amazonas que en la época de trastornos que atravesamos se han creído llamadas á desempeñar un papel sobresaliente en el gran drama que la revolucion representa en la sociedad. Pagadas de sí mismas, no ven el bienestar social mas que por el prisma de su amor propio; de modo que nada es importante, ni nada conveniente sino lo que pueda conducir las á la elevacion y á la fortuna, que son las doradas regiones que las divierten constantemente. Nosotros divisamos en estas nuevas amazonas una de esas plagas que hoy sufre la sociedad, pero una de esas plagas que mortificándola en el curso de su dilatada carrera, no desaparecerá sino cuando la sociedad misma llegue á persuadirse estar en sus intereses que cada uno de sus miembros desempeñe en su seno solamente el papel á que está llamado, sin aspirar á otro que no le corresponde. El Amazonas nos está indicando la realizacion de un pensamiento vastísimo, que daría á los Estados de América la respetabilidad é influencia que hoy no tienen.

Los afluentes navegables de ese gran río, atravesando en su carrera distancias enormes, unen los diferentes Estados entre sí. Siendo unos mismos los intereses de todos, uno también el origen y unas las creencias de sus individuos, están estos llamados á vivir íntimamente unidos, formando una liga que poniéndoles á cubierto de cualquier agresión extranjera, les asegure su independencia y su nacionalidad.

El cristianismo, que en todas partes abrió camino á las grandes empresas, inició en nuestros días esta medida salvadora para los Estados de América. El Ecuador y la Nueva Granada vieron millares de indígenas inclinándose su frente delante de la Cruz, y formarse de estos nuevos cristianos pueblos numerosos y sumisos á las leyes. El obispo Plaza y el padre Carrillo en las márgenes del Marañon, y el jesuita Lainez sobre las riberas del Caquetá alcanzaban estas victorias espléndidas sobre la barbarie; mientras que los capuchinos remontando el mismo Marañon, venían á encontrarlos como soldados del mismo ejército que combatiendo con igual valor y por la misma causa, después de dividirse las fatigas de la campaña, señalan el puesto donde celebrarán reunidos la comun victoria. Mas la bella perspectiva que á la fe y á la civilización se ofrecía como fruto de los sacrificios de aquellos verdaderos héroes, desapareció del mismo modo que desaparecen los jardines y los pueblos que las nubes forman en horizontes lejanos al aproximarse las tinieblas de la noche.

La Nueva Granada, el Perú, Bolivia, el Ecuador y el imperio del Brasil están atravesados por ríos navegables

tributarios del Amazonas, y nada es tan fácil como establecer por ellos vías de comunicación. Mas empresas de esta naturaleza corresponden á gobiernos, que á su estabilidad reúnan luces para administrar y celo por sus gobernados. El Brasil, único gobierno sólido entre todos aquellos, inició la navegación del Amazonas y concluyó un tratado con sus vecinos á este respecto. Los fuertes sacudimientos que día por día agitan al Perú y á Bolivia no han permitido á sus gobiernos ocuparse de este negocio, el más importante quizá de cuantos hasta hoy haya emprendido para la prosperidad nacional. Los esfuerzos del Brasil quedaron sin cooperación y las regiones de Caquetá, de Mocoa y demás países remotos que bañan las aguas del Amazonas, por muchos años quedarán también cerrados para la civilización tales como hoy existen, mientras el interés universal continuará, quién sabe cuánto tiempo todavía, alzando un grito de indignación contra los que vergonzosamente sacrifican los verdaderos intereses de su patria y de la sociedad entera á trueque de medrar. Así tratan los gobiernos de América los intereses más nobles de las repúblicas: ocupados en cuestiones pueriles hace cincuenta años, nada han hecho sino arruinar países que serían florecientes sometidos á un sistema diverso de administración. Llamados á un porvenir grandioso, se ven convertidos en presa de hombres atrevidos que para llegar en su patria al primer puesto no tuvieron más título que el arrojo de escalarlo con injuria de las leyes.

Pernambuco me mostraba el grado de prosperidad á que están llamados los pueblos de América. Ese co-

mercio activo y vasto, ese movimiento animado por el vapor, esos edificios que revelan riqueza y prosperidad en sus habitantes, no son sino fruto de la paz y del buen gobierno. ¿Qué sería hoy Pernambuco sometido al régimen que pesa sobre la mayoría de los Estados hispano-americanos? En vez de sus ingenios florecientes, de sus cuantiosas exportaciones y de sus valiosas empresas de caminos de hierro, que han de conducir á su mercado los frutos de provincias lejanas, le veríamos sumido en la miseria que se advierte en otras poblaciones de la misma costa sometidas al régimen republicano. Estas tenían los mismos artículos de exportacion que Pernambuco, y no obstante su posicion mas ventajosa para el comercio europeo, yacen en completa postracion. Devastadas por la guerra civil, empobrecidas por las contribuciones impuestas por gobiernos de transicion que se suceden con increíble rapidez, descendieron desde el alto grado de prosperidad en que poco há las vimos, hasta el profundo de miseria en que hoy las encontramos. Cartagena al norte y Montevideo al sur del Brasil manifiestan hasta qué punto es verdadera nuestra observacion.

Mas Pernambuco, como los otros pueblos del Brasil, se resiente de gravísimos males de otra especie, que su gobierno debe remediar. Sacudidos reciamente por efecto de las transiciones que en su sistema político han sucedido; sacudidos por doctrinas antisociales derramadas allí sin rebozo, y sacudidos, en fin, por las funestas consecuencias de la ignorancia religiosa, la moral ha sufrido infinitamente y los estragos del mal se dejan ver así en

los pueblos como en los individuos. Poco importa á los Estados avanzar rápidamente en las vias del progreso material, si mientras este se desarrolla padecen males de otra naturaleza y de trascendencia mayor que cuantos puedan acarrear la pobreza y la falta de tacto de los mandatarios en negocios de administracion. La buena fe de los ciudadanos, fruto de una conciencia sana, debe ser para los Estados la base única de su prosperidad. Sin esta, la sociedad se arruina, porque le falta el vinculo que hace compacta la union entre sus miembros. El catolicismo, para prevenir esta gran necesidad, cuidó particularmente de la infancia y quiso que los corazones en la edad tierna estuviesen sometidos á la disciplina que inspira y dirige la religion misma. La nacion mas civilizada de Europa, la Francia católica, confiando la educacion de sus niños á los « hermanos de las escuelas cristianas, » reconoció aquella necesidad imperiosa y dió á los Estados modernos una leccion saludable. Sin religion no hay conciencia, y sin conciencia la moral no existe: para que la religion viva en el individuo, es necesario inspirarla ántes en su corazon y cuidar su desarrollo, arrancando de aquel las perversas semillas que hacen brotar las pasiones desordenadas. En algunos Estados de América, el ejemplo de la Francia ha sido imitado en lo posible, y la atencion de sus gobernantes se ha dedicado toda á proporcionar medios de educacion cristiana á sus gobernados. Mas en el Brasil no se ha obrado de esta manera. El gobierno ha descuidado desde muy atras la educacion religiosa; el clero no ha estado en situacion de poder llenar de un modo provechoso el lugar que su ele-

vado carácter le señala cerca de los jóvenes, y la falta de este elemento vital ha postrado en gran parte á aquella sociedad, inoculando en ella los vicios que son consiguientes á la ignorancia de nuestro gran destino sobre la tierra. Poco importa, hemos dicho, que los vapores crucen las aguas de los ríos y recorran en pocos minutos infinitas millas, poniendo en estrecha comunicacion pueblos y ciudades muy distantes; poco importa el movimiento que lleva á las naciones el comercio; poco importan los caudales que este mismo derrama en su seno y poco tambien los intereses que despierta en los individuos, si con el progreso material no está aunada en los ciudadanos la fe que ennoblece al hombre haciéndole obrar bien, pues todos sus adelantos serán mentira y tinieblas todas sus luces. El desarrollo de los intereses materiales, la acumulacion de riquezas sin cuento, ese especular continuo, á veces con ruina de los intereses ajenos, hacen al hombre duro de corazon, orgulloso, y engendran en su alma apego á todo lo material ó que se roza con intereses materiales. Nosotros no llamamos civilizacion á lo que no es mas que trastorno del hombre y aniquilamiento de su nobleza y dignidad. No quiera decirse por eso que condenamos el progreso material de los pueblos. No, no lo condenamos por cierto, pedimos solamente que no se considere como pura materia á los hombres, y abogamos en pro de su propia dignidad.

Bahía de los Santos, á pesar de haber sido la primera capital del Brasil, el emporio de sus riquezas y la metrópoli de los dominios de Portugal en el Nuevo Mundo, carece de esos monumentos grandiosos que encontramos

en otras capitales de Sud América. Sus templos nada tienen de grande ni de bello, carecen de ricas decoraciones, y en su recinto no se encuentran las estatuas y pinturas que son honor del talento y de las artes. Sus establecimientos de educacion y de beneficencia son tambien mezquinos y distan mucho de acreditar esa piedad noble y generosa, por la que inspirados tantas y tan suntuosas obras acabaron en América sus poderosos conquistadores.

Al visitar las ciudades hispano-americanas, el hombre inteligente encuentra mil motivos para conocer con cuánto esmero procuraban sus fundadores cultivar el entendimiento y el corazon de los nacidos en el Nuevo Mundo. Templos suntuosos, colegios, universidades, asilos para pobres, hospitales, y en fin todo cuanto puede probar el interes y el amor del que gobierna hácia sus gobernados, existieron y aun existen en Méjico, Nueva Granada, Perú, Chile y en todas las provincias de América sobre las que extendió el rey de España su dominio. Si algunas de esas obras han perecido, si otras han cambiado el fin de su institucion, esos mismos viejos edificios que los contuvieron, todavía en pié, publican la beneficencia y la generosidad de sus fundadores. Nosotros no procuramos herir susceptibilidad alguna y si solamente pagar nuestro tributo á la verdad, asegurando que ninguna otra nacion de cuantas conquistaron territorios en América fué tan profusa como España para fundar establecimientos de religion y de beneficencia. Mientras que en el imperio del Brasil, por ejemplo, ninguna universidad instituyeron los portugueses en beneficio de los colonos

que les producian tesoros sin cuento, la España contó en sus vireinatos siete universidades célebres, sostenidas por la corona y en las que se cursaban todas las ciencias que en aquella época se enseñaban en los establecimientos análogos de Europa. Ningun sacrificio perdonaba á fin de proveer á la juventud de profesores idóneos, y para estímulo de estos mismos se acordaban rentas y honores en favor de los que hubiesen desempeñado el profesorado cierto número de años en las universidades de América; rentas y privilegios que no podian ménos de ser gravosos al tesoro real. Hábiles fueron muchos reyes de Portugal para promover los intereses de su corona; hábiles para despertar entre sus vasallos el amor á la gloria y el interes por las grandes empresas, y mucho mas hábiles todavia para realizar estas con gloria inmortal de su nombre. La sociedad y la humanidad entera deben gratitud eterna á don Juan I<sup>o</sup>, á D. Manuel y á otros soberanos de la casa de Braganza que, como estos, tanto celo desplegaron en favor de sus colonias, asi en la India como en la América. Mas no todos los que vinieron despues de ellos llevaron al trono de la famosa Lusitania sus mismas virtudes ni su mismo talento. Hubo descuido, repetimos, en la administracion del Brasil, y descuido tanto mas grave cuanto que influye en la ilustracion moral del pueblo.

Las factorias que producian ingentes sumas de dinero á la metrópoli, las importaciones de negros que despoblaban las costas del Congo y del Senegal para poblar las haciendas que ricos portugueses cultivaban en el Brasil, no eran medios para civilizar; ni tampoco lo era la

enseñanza defectuosa que se daba en las escuelas sostenidas por la corona. El espíritu del mal, fácil para desarrollarse, no encontrando barreras fuertes que pudieran detener su marcha, giró y en su carrera sembró las semillas cuyos frutos amargos hoy recogen los pueblos del Brasil y cuyas consecuencias mas amargas aun sufrirán mas tarde.

